

Octavio Augusto Quintero

**Cultura, ciencia y ética
en la universidad:
Notas al margen de Nietzsche**

Octavio Augusto Quintero

Cultura, ciencia y ética en la universidad: Notas al margen de Nietzsche



quisiera iniciar este dialogo en torno a la universidad a partir de algunos apuntes fragmentarios sobre Federico Nietzsche, quien desde sus escritos plantea ciertos problemas comunes a nuestro entorno tales como el papel de las instituciones escolares frente al desarrollo de la cultura -entendida ésta como la producción de las más caras creaciones humanas entre las que se cuentan la filosofía, el arte, la literatura, el conocimiento etc-; la ciencia -en el marco de la modernidad-; y la ética, entre otras cuestiones. Igualmente fragmentarias son las intuiciones que frente a tales problemas quisiera enunciar para dejarlas en el ambiente como meras intuiciones.

Tal es el asunto de este trabajo: pensar la universidad de cara a las posibilidades y tareas que tiene frente a la producción de cultura, a través de las diversas disciplinas científicas que configuran las profesiones, como quiera que esta es su actividad fundamental, la cual debe estar arraigada antes que nada en una concepción racional, autónoma y madura de la cultura, la ciencia y la ética, que ponga en evidencia que la opción por la academia, aún tiene sentido en sí misma.

Mejorar las condiciones culturales de la sociedad es la misión y la razón de ser -aún vigente- de nuestras instituciones escolares, llamadas por esencia al mejoramiento de las diversas formas de ser humanos, dicho de otro modo: al mejoramiento de la cultura, asunto que desde la universidad se corresponde con uno de los vacíos evidentes de nuestra sociedad: la producción de conocimientos, aspecto que bien vale la pena pensar aquí, desde la universidad. Así pues, considero que la condición fundamental para asumir la tarea de mejorar la cultura es asumir una actitud ética, profundamente seria y convencida, frente al quehacer de la academia, en función de la ciencia y la cultura, en la que todos participemos solidariamente.

De otro lado, no podemos negar que la ciencia es una matriz fundamental de la cultura, y si aceptamos que es la forma segura de conocer el mundo, como lo plantea la modernidad, ésta deberá ser entendida y asumida como una de las tareas propias de la universidad, dado que es el lugar donde se genera el conocimiento necesario para la supervivencia de la sociedad; por tanto, la universidad es el lugar donde se funda la cultura, y es en este sentido que quisiera llamar la atención en torno a la pregunta

por la cultura y por la ciencia en la universidad, lo cual es preguntar por la esencia misma de la universidad. Ciencia y cultura son tareas vitales de la universidad, si la entendemos y asumimos en su sentido originario.¹

Este asunto es fundamental toda vez que la pregunta por la posibilidad de un saber, un hacer y un ser colectivos -realizados a través de una profesión-, estaría en la base de la pregunta por si es posible una sociedad, una universidad, un oficio o una vida, donde se pueda existir con elevados grados de libertad, de autonomía y de responsabilidad, condiciones vitales para oponer la cultura en todo su potencial de recrear la vida, frente a la barbarie.

Ahora bien, sería pertinente preguntar por el lugar de la reflexión cultural y científica en la universidad, hoy cuando el avance del conocimiento y demás procesos sociales, políticos, económicos, etc. están dejando en entredicho los paradigmas que parecían razón suficiente para fundar la vida y toda actividad humana, develando así la permanente urgencia de rehacer para cada época los referentes culturales válidos, que puedan dar sentido al ser y al coexistir en la condición de seres humanos.

Bien podemos afirmar la urgencia de esta reflexión en los aquí y ahora de la universidad, en los momentos que empezamos a perder, a hipotecar, a alquilar, a vender o a regalar la propia condición humana, a cambio de las baratijas del fácil y volátil confort que nos ofrece el mercado; mostrando que al parecer, el costo de existir es la pérdida de la condición humana, signada por la libertad y el poder de creación, lo que hace urgente replantearse la propia vida, en lucha abierta contra la hipoteca existencial del consumo y la violencia, a razón del atembamiento colectivo. Así pues, cabe reconocer entonces en la perspectiva de Nietzsche que tenemos una urgente y desagradable tarea histórica: «el re-inventarse a sí mismo», lo cual nos introduce en la exigencia ética que nos implica desde la universidad.

Así pues, aspectos fundamentales de la cultura como la ciencia y la ética quedan reservados a ciertos grupos reducidos de personas que al interior de la universidad

¹ Universidad. Expresión latina *universitas magistrorum et alumnorum*, institución medieval organizada por el emergente gremio de maestros y estudiantes para el beneficio mutuo y la protección legal de su oficio: El saber, la artesanía del espíritu, la mercadería de las ideas. Tal institución aparece en el siglo XIII, época en que florecen las ciudades y el comercio, y desde entonces ha sido la institución que dinamiza la cultura. (Gonzalo Soto Posada. En «La filosofía del medioevo» USTA. Bogotá. 1987. Serie: Biblioteca Colombiana de Filosofía. Pág. 13).

entiendan y asuman sinceramente esta reflexión que, si bien, sucede en la universidad, ocurre de forma esporádica, tímida y marginal, negando de hecho de que es la universidad el lugar donde se gesta, se cuestiona y se rehace continuamente la cultura -desde luego la ética y la ciencia-. En consecuencia podríamos preguntar por si, estudiantes y profesores estamos en condiciones de asumir tal exigencia o por el contrario hemos de permanecer como extasiados espectadores ávidos de consumir presupuestos conocimientos, pero incapaces de producirlos. Tal es el peligro latente: asumir la condición de estudiantes y profesores en condiciones mediocres, ante lo cual nos advierte Nietzsche:



Real de a ocho resellado por el gobierno portugués. Carlos III. México, 1765.

En casos de mediocridad sobreviene fácilmente un envenenamiento espiritual...²

Cultura, ciencia y ética son algunos de los más elevados productos del espíritu de los pueblos, de ahí penden la fuerza y la supervivencia. Existe en nuestra cultura universitaria cierta actitud arrogante que se convierte en un peligro latente, y que consiste en tomar distancia de la ciencia en nombre de la ciencia o de la ética en nombre de la ética, reduciendo estas disciplinas a discursos demagógicos o ideologías de consumo masivo. Hace falta entonces asumir esta exigencia de una manera menos pretenciosa y más sincera, sobre todo si tenemos en cuenta las críticas de Nietzsche, que llaman la atención hacia desarrollar todo el potencial de creación que permite la ciencia, sin confundir la verdad con la información que produce la ciencia a través del nuevo acto de fe en el método científico erigido como el infalible camino al saber, dado que:

La fuente original del lenguaje y del conocimiento no está en la lógica [...] sino en la imaginación, en la capacidad radical e innovadora que tiene la mente humana de crear metáforas, analogías y modelos. El edificio de las ciencias se alza sobre las arenas movedizas de ese origen.³

Lo cual nos llevaría a retomar la actividad científica como una búsqueda sincera y creativa de la verdad, más allá de las ilusiones ideológicas que se han establecido como verdades absolutas, a través de las cuales los hombres mienten a los demás y se engañan a sí mismos dado que:

El intelecto, como medio de conservación del individuo, desarrolla sus fuerzas principales fingiendo, puesto que este es el medio merced al cual sobreviven los individuos débiles y poco robustos [...] En los hombres alcanza su punto culminante este arte de fingir, aquí el engaño, la adulación, la mentira y el fraude, la murmuración, la farsa, el vivir del brillo ajeno, el enmascaramiento, el convencionalismo encubridor, la escenificación ante los demás y ante uno mismo [...]⁴

La vida exige una propuesta ética que nos permita actuar en este mundo, que nos permita reinventar la opción de

ser humanos, para curar la joroba . . .

² Heidegger y otros. Nietzsche 125 años. Fragmentos póstumos inéditos. Temis. Bogotá. 1977. Pág. 27.

³ Nietzsche. Sobre verdad y mentira en sentido extra moral. Madrid. Tecnos, S. A. 1990. Pág. 10.

⁴ Ibidem. Págs. 18-19.

ser humanos, para curar la joroba que nos ha crecido por la cultura imperante, con sus religiones, con sus ideologías, con sus ciencias, con sus costumbres, con sus productos de consumo masivo, que no permiten soñar con un horizonte propiamente humano. Y es que algo extraño nos sucede a la vez que permanecemos aferrados al túnel de la inmediatez, de la mera e inmediata necesidad fisiológica como único motor de la existencia, alucinados por las promesas de la eternidad en el ultramundo, con lo cual hemos terminado por rendir un desmedido y cobarde culto a las múltiples formas de negación de la vida.

Para Nietzsche es claro que el Estado ha usurpado la tarea que le corresponde a la universidad: ser generadora de cultura. No es en el ámbito del poder y la administración donde se genera ni se puede generar la cultura, es en el ámbito propio de la creación, de la investigación, del pensar y esto ocurre de manera privilegiada en la universidad y si no ocurre en la universidad, me atrevo a pensar como el autor, que no ocurre. Por esto es fundamental retomar la discusión abierta desde la universidad misma, en torno a las condiciones humanas que nos exige el ser parte de su proyecto, en el que participamos como docentes, estudiantes, directivos y trabajadores; así pues

es necesario reconocemos como hombres que elegimos trabajar por el cultivo de la cultura, de la mejor manera, y no de la forma degenerada que denuncia Nietzsche:

*Un hombre de cultura degenerado es un problema serio, y nos sentimos profundamente perturbados, cuando observamos que todos nuestros hombres públicos, estu-diosos y periodistas, llevan encima las señales de esa degeneración.*⁵

El conocimiento como disciplina filosófica tiene la pretensión de acercarnos a comprender el sentido de la vida, pues como lo plantea el autor, la vida para que sea tal debe ser ética. Por tanto hemos de considerar en serio la necesidad de discurrir sobre este asunto de tal manera que nos acerquemos a perfilar una línea de diálogo permanente sobre los modos en que transcurrimos desde la universidad, pues si bien es cierto que tradicionalmente, la tarea de pensar la cultura, la ética y la ciencia ha estado en manos de ciertas castas religiosas, políticas o económicas, que no sólo han monopolizado la cultura a través de la educación, sino que la han convertido en una mercancía de la cual pende nuestra vida pública y privada, frente a lo cual hay que decir en aras de la esperanza que tal situación no es razón suficiente para inmovilizar o hipotecar nuestra capacidad de cuestionar y recrear las condiciones de la cultura porque...

*...finalmente se deja oír una nueva exigencia. Enunciémosla: necesitamos una crítica de los valores morales, hay que poner alguna vez en entredicho el valor mismo de esos valores -y para esto se necesita tener conocimiento de las condiciones y circunstancias de que aquellos surgieron, en las que se desarrollaron y modificaron (la moral como consecuencia, como síntoma, como máscara, como tartufería, como enfermedad, como malentendido; pero también la moral como causa, como medicina, como estímulo, como freno, como veneno).*⁶

Ahora bien, de la tradición hemos heredado una mirada del mundo, no solo arbitraria sino vertical y excluyente, una mirada de desprecio por el otro y por lo otro -el

⁵ Nietzsche. Sobre el porvenir de las escuelas. Barcelona. Tusquets Editores S. A., 1980. Pág. 175.

⁶ Nietzsche. Genealogía de la moral. Madrid. Alianza. 1983. Pág. 23.

mundo-. Tal mirada surge de ideales convertidos en ideologías incoherentes como el progreso, la libertad, la justicia, la igualdad, el orden o la democracia -actual tribunal del santo oficio-, en nombre de quienes se debe reducir y aniquilar al otro y lo otro. Tales referencias del mundo hechas desde la cultura ligada a las tradicionales castas de poder; han sido hechas con un criterio jerarquizado y jerarquizante que en la práctica no permiten ver las cosas tal como son y dificultan el concebirse como sujetos a la misma altura del otro y del mundo, sin aquel falaz y violento afán de dominar la naturaleza con el ab-



Arte de Navegar. Pedro de Medina.
Valladolid, 1545.

surdo argumento de la superioridad humana fundada en el saber de las infalibles ciencias naturales, hijas de la modernidad y que han sido criticadas por Nietzsche quien denunciara el oscuro y casi perverso origen del conocimiento.

En algún apartado rincón del universo centelleante, desparramado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la Historia Universal: pero, al fin de cuentas, solo un minuto.⁷

De igual modo cabe advertir que los presupuestos para la comprensión del mundo surgen de aquella estructura cognitiva forjada en la cultura de Occidente, que da razón de una subespecie superior dominadora y otra subespecie inferior a quien le es propio el ser dominada. Orden, dioses, arte, virtud, sabiduría, poder, ley, estado, religión, ciencia, moral, fuerza, opulencia etc., son asuntos ligados a las castas que ostentan el control sobre lo demás; mientras que los demonios, la ignorancia, la enfermedad, el ateísmo, la debilidad, la pobreza etc. son la esperanza y el privilegio, de lo inferior del hombre reducido al rebaño a quien se le ha enseñado a despreciarse a sí mismo.

...Antes bien, fueron los «buenos» mismos, es decir, los nobles, los poderosos, los hombres de posición superior y elevados sentimientos quienes se sintieron y se valoraron a sí mismos y a su obrar como buenos o sea como algo de primer rango en contraposición a todo lo bajo, abyecto, vulgar y plebeyo.⁸

Así pues, se constituye una forma de ver el mundo a través de ciertas dualidades dadas como opuestos, en los que lo uno es válido mientras lo otro no: bueno-malo, sagrado-profano, cuerpo-alma, caos-orden, saber-ignorancia, a partir de lo cual se establecen los juicios de plano vertical que determinan lo superior y lo inferior, lo deseable y lo indeseable, en fin lo bueno y lo malo, con lo que se ha permitido establecer ciertos ámbitos intocables e inaccesibles, entre ellos lo sagrado, lo científico, lo Estatal, lo legal, lo racional, etc. Inventos de la cultura erigidos como los pilares inmaculados de la sociedad.

⁷ Nietzsche. Sobre verdad y mentira en sentido extramoral. Madrid. Tecnos S.A. 1990. Pág. 17.

⁸ Nietzsche. Genealogía de la moral. Madrid. Alianza. 1983. Pág. 31.

Si hemos de considerar que la ética es para esta vida que es la única conocida, desde la misma posibilidad de conocer, es decir inventar, la ética es posible de inventar y así como le es lícito a cada hombre de por sí, conocer, le será lícito y posible a cada hombre afrontar la tarea de inventarse a sí mismo, pese al riesgo de vivir la propia vida sin patrocinadores. Parafraseando a Nietzsche podemos decir que se trata de allanar la experiencia del abismo -la vida- para afirmar la propia existencia, asumiendo sin vergüenza el lugar que nos corresponde, sin dudar en dar el paso al vacío, pese a la angustia y pese al nudo en la garganta, aún en la muerte desear la vida.

La cultura, fundada en la economía política, oculta el abismo que hoy existe entre la ciencia y la investigación, el consumo y la necesidad, el sujeto y la dignidad, el estudio y la disciplina etc., actividades humanas inherentes al desarrollo y cualificación de la cultura que se dan como consecuencia una de la otra, pero donde se ha roto y polarizado tal correlación dejando ver entre otras cosas, inmensos vacíos en la cultura, vacíos de conocimiento, de compromiso, de afecto, de solidaridad y del sentido mismo de la vida. Empero se han reproducido otras prácticas como la violencia, la irresponsabilidad, el

miedo, la amargura, la indiferencia, el consu-mismo etc. en beneficio de unos pocos pero en detrimento de la especie y del planeta.

En este caso vemos que el objetivo último de la cultura es la utilidad, o más concretamente, la ganancia, un beneficio en dinero que sea el mayor posible. Tomando como base esta tendencia, habría que definir la cultura como la habilidad con que se mantiene uno a la altura de nuestro tiempo[...] Se concede cultura al hombre sólo en la medida en que interesa la ganancia[...] la cultura concedida a la mayor parte de los hombres sólo es un medio para la felicidad terrenal de unos pocos: la «cultura cuanto mas universal posible» debilita la cultura hasta tal punto que se llega a no poder conceder ningún privilegio ni garantizar ningún respeto. La cultura común a todos es precisamente la barbarie.⁹

Pero de otro lado, el contexto histórico y político actual, está marcado por los radicales cambios en todos los ámbitos de la cultura, generados por el cada vez mayor refinamiento del sistema capitalista liderado por el consolidado sistema financiero de alcance global y de andamiaje tecnológico que determina y agudiza las condiciones de supervivencia de las sociedades no industrializadas, lo cual genera un ambiente de desconcierto y desventaja que nos exige por lo menos niveles de reflexión más amplios, más permanentes y más profundos, en aras de replanteamos la vida, con criterios más propicios para la vida misma como la audacia, la responsabilidad y la autonomía, condiciones y tareas urgentes en el ámbito de la academia. En estas condiciones a la universidad le corresponde trabajar por la cohesión de la comunidad intelectual a través del compromiso vital -ético- por recrear el conocimiento inherente a la supervivencia como cultura.

Se trata entonces de asumir la universidad y comprender la profesión en el marco de las nuevas y complejas actitudes y sentimientos que van reconfigurando y sustentando nuestra manera de actuar, lo cual nos puede permitir plantear alternativas a esta manera de ser humanos y elaborar los lineamientos fundamentales para seguir la

⁹ Nietzsche. Sobre el porvenir de las escuelas, Op. Cit. Págs. 58-61.

búsqueda y consolidación de una opción ética que estaría en directa relación con la opción por la academia, por la universidad, allí en su más original y profunda razón de ser; ligada a la crítica, a la creación y a la producción de cultura. La academia será opción ética en la medida en que atraviese y dinamice vitalmente aquella comunidad de estudiantes y profesores, quienes se realizan existencialmente en este privilegiado espacio donde se produce el conocimiento necesario para la supervivencia que cuestiona, retroalimenta y proyecta la

sociedad; sin olvidar que es el hombre el único animal capaz de darle sentido a las cosas, hemos de abordar la posibilidad de pensar la vida en todas sus manifestaciones como aquello digno de ser pensado, de tal manera que sea posible configurar persistentemente esta realidad, como condición para hallarle sentido a esto que somos y hacemos.

Finalmente cabe hacer la invitación a retomar el original objeto de estudio de todas las ciencias, de todas las profesiones, de todos los oficios: la vida en todas sus expresiones, la cual hasta ahora, sólo acontece en la tierra. Es una invitación a retomar la agricultura como el fundamento ético de las artes, profesiones y oficios. Y parafraseando al profesor Francisco Sierra: me atrevo a afirmar que las artes, profesiones y oficios solo tendrán sentido cuando se pongan en la tarea de asegurar que a nadie le falte un plato de sopa...



El Gremio de Mineros al nacimiento de los Infantes gemeros. Carlos III. 1784.